

IV. En todas partes, habas cocidas

Por favor, no vayan a pensar que tenemos algo personal contra los *WASPS* o contra los ciudadanos norteamericanos de otros orígenes étnicos, que, en último caso son quienes queremos que vengan a México como turistas y que regresen cada año. No, no es así. Todos somos iguales. Ellos no son ni peores ni mejores que nosotros, y si estuviéramos en condiciones similares haríamos, quizá, las mismas o peores cosas. Debemos recordar que somos descendientes legítimos de dos estirpes o culturas: la española y la indígena, que cuando tuvieron el poder lo utilizaron. Los aztecas —quienes llegaron a controlar tantos pueblos y territorios que hubieran sido la envidia de muchos reyes y emperadores europeos— eran muy sanguinarios con los pueblos sojuzgados. Demandaban el pago de impuestos, como a todos los demás, y también les exigían a los tributarios entregar esclavos para utilizarlos en determinados trabajos; además, tenían que contribuir con niños, mujeres y adultos para ser sacrificados, arrancándoles el corazón, en las festividades de Tenochtitlán, como ofrenda a los dioses. Este terrible hábito de ofrecer sacrificios humanos —cosa curiosa de la historia que raramente se menciona— para luego comerse las vísceras en grandes banquetes fue lo que significó la ruina de los aztecas. De no existir esos sacrificios, los tlaxcaltecas, hubieran sido sus aliados y, entonces, Hernán Cortés y sus 600 locos (y además, suertudos) no hubieran llegado ni a los volcanes; los habrían acabado al desembarcar en Veracruz o, cuando menos, en Cholula, y no hubieran conquistado México. Pero no fue así, ya que los aztecas, además de salvajes, eran flojos, y mantuvieron a los tlax-

caltecas como sus enemigos para guerrear lo más cerca posible y para proveer de esclavos a Tenochtitlan.

¡Qué ironía del destino! Si en lugar de tener su aprovisionamiento de víctimas en Tlaxcala lo hubieran tenido, por ejemplo, en Morelos, con los tlahuicas, Cortés no se habría topado con los tlaxcaltecas en el trayecto desde Veracruz; la historia de la conquista de la Nueva España hubiera sido otra, ya que sin ellos, no habría derrotado a los aztecas. Cuando tuvieron el sartén por el mango, los aztecas fueron unos desalmados; así es que no hay que criticar mucho a los ingleses y a sus descendientes, los *WASPS*.

Nuestros otros parientes, los españoles, no se quedaban atrás como auténticos salvajes. Tenían una combinación de las razas, si se pueden llamar así, más raras: sangre árabe, celta, latina, y judía (por los sefarditas conversos que se asimilaron a la civilización española para no sufrir más los terribles tormentos de la Inquisición, durante la persecución de judíos en 1391 hasta su expulsión en 1492). Cuando los españoles conquistaron lo que hoy es Hispanoamérica, acabaron en poco tiempo con una civilización de siglos, y con el 90% de los habitantes prehispánicos en Mesoamérica: varios cientos de millones. Los cristianizaron a la fuerza y los obligaron a aprender el español, ya que quien no lo hacía, no podía trabajar y se moría de hambre. Cuántos valientes no aceptaron el cambio y murieron peleando, perdiéndose lo mejor de nuestra raza indígena. Los que sobrevivieron fueron los más débiles y cobardes, que por hambre y por miedo a desaparecer o a que les mataran a sus hijos, se acobardaron. Nuestro mestizaje proviene no sólo de estos débiles que se dejaron sojuzgar, sino de la mezcla con unos aventureros y desalmados buscadores de fortunas poseídos por el fanatismo religioso y por una insaciable sed de riqueza, para apoyar con las armas la conquista y la catequización.

Qué gran diferencia entre lo que ocurrió en México y lo que sucedió en Estados Unidos. Allí llegaron los peregrinos del *Mayflower* a establecerse con sus esposas y empezar una nueva vida, acabando

con todos los pobres indios que se encontraban. En cambio, a nosotros nos tocaron unos frailes que venían a catequizar y a convertir al cristianismo a todos los naturales, apoyados por los aventureros que no dejaban títere con cabeza ni india sin desflorar, lo que dio como origen a nuestra raza de bronce y a la población latinoamericana. Los españoles conquistaron todo lo que pudieron, y durante el reinado de Carlos IV —que curiosamente no hablaba español y era totalmente teutón, rubio y de ojos azules— España dominó todo el planeta tal y como ahora lo están haciendo los *WASPS*, hijos y descendientes directos de los ingleses.

Cuando conquistaron los territorios de indias, fueron tan crueles y despiadados que, al llegar las cosas a límites inimaginables, fray Bartolomé de las Casas, una de las más grandes figuras de la catequización en México, escribió al rey describiéndole todas las barbaridades que se estaban cometiendo en su nombre en contra de la población indígena, advirtiéndole que si no detenía esa masacre y devastación, se condenaría por permitirlo. Por supuesto, ni caso le hicieron y la matanza continuó. Lo que realmente salvó a los mexicanos de la desaparición, fue el hecho de que sus hijas, al mezclarse con los españoles primero, y con los mestizos posteriormente, produjeron una nueva estirpe, cuyos genes nos han heredado un sinnúmero de características muy especiales que nos identifica en forma muy clara.